

presión. ¿Presionó la embajada americana en algún momento para aminorarla conforme la guerra se decantaba del lado aliado? ¿Medió respecto a la situación de individuos concretos? Casi nada sabemos al respecto a día de hoy.

Pero, sin duda, el gran ausente en el libro de Thomàs es la guerra económica americana en España, o más concretamente la ejemplificación de su planteamiento. Ello asombra más si cabe dada la elección del título y el reconocimiento por parte del autor de que la guerra económica fue el principal frente de actuación de las potencias beligerantes en nuestro país durante la segunda guerra mundial. Sin embargo, para el autor solo merece atención en cuanto a su inserción en el plano político-diplomático de las relaciones bilaterales durante el conflicto. La razón no es otra que el enfoque analítico y metodológico empleado. Es una pena, puesto que recientes investigaciones han demostrado como los archivos americanos contienen un enorme volumen de información sobre la economía española de la segunda guerra mundial y el impacto que la guerra tuvo en la conformación y destrucción de las elites empresariales de posguerra en España. Por ejemplo, sabemos que la embajada de los Estados Unidos intervino el comercio cinematográfico para evitar que los alemanes se beneficiasen de él a partir de su dominio del mercado negro de divisas con base en Lisboa y Tánger (LEÓN: 2010). También sabemos que individuos como Alfred W. Barth, el banquero por excelencia en las relaciones económicas bilaterales de posguerra, hizo sus contactos en España como empleado de la USCC, desde la que pilotó el programa de compras preventivas americana en España. Pues bien, el libro de Thomàs nada añade en este frente. Tampoco lo hace en lo relativo a los primeros pasos del programa Safeheaven (la caza de nazis iniciada por los aliados conforme terminaba la guerra), en la que España ocupó un lugar central como han demostrado sucesivas desclasificaciones de documentación de la CIA y algunos trabajos que, tristemente, no han encontrado continuidad hasta la fecha (BYRNES: 2002).

A pesar de las ausencias y limitaciones propias de todo trabajo histórico, La batalla del Wolframio se ha convertido junto a Roosevelt y Franco en

obra de consulta imprescindible para todos aquellos que quieran aproximarse al encaje de la España franquista en la política internacional y la política exterior de Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial y la inmediata posguerra. Corresponderá a nuevos estudios profundizar temática y metodológicamente en ambas cuestiones a fin de cumplimentar y superar el relato actualizado por el profesor Thomàs.

Pablo León

MICHAEL RICHARDS

Historias para después de una guerra. Memoria, política y cambio social en España desde 1936
Barcelona, Pasado y Presente, 2015, 494 pp.

El estudio de la relación entre memoria e historia caracteriza cada vez más a la historiografía occidental centrada sobre siglo XX. Como señaló Tony Judt, la sociedad europea se levanta sobre el recuerdo de la destrucción y las cenizas de la II Guerra Mundial. No han sido pocos los historiadores que, en la esfera internacional, se han ocupado de cuestiones como las políticas de la memoria, el funcionamiento de la memoria colectiva o individual, o la vivencia y recuerdo de experiencias traumáticas en el más violento de los siglos de la historia de la humanidad. En el caso hispano, como en tantas otras ocasiones, la dictadura franquista impidió este proceso; cuando nuestra historiografía pudo mirar al pasado más reciente, se ocupó de diversos aspectos y, cuando lo hizo de la memoria, se centró especialmente en las políticas de la memoria construidas por la dictadura o el Estado democrático, o de las vivencias traumáticas que supuso la brutal violencia franquista sobre los republicanos.

Faltaba una obra que estudiase la memoria en su perspectiva más social, no aquella que irradian los discursos oficiales de los estados, ni tampoco la que atañe solo a las víctimas; una obra que pusiese su acento en las memorias de todo el espectro social que vivió o al que se le hizo recordar la guerra civil; una obra en la que, además, se estudiase la transformación de ese recuerdo de generación en generación, siempre en contacto con la evolución económica, política y social de

cada momento histórico. Todo esto, que es mucho, es *Historias para después de una guerra. Memoria, política y cambio social en España desde 1936*.

Michael Richards ya publicó en 1998 *A time of silence*, un estudio hoy fundamental para comprender la cultura y la sociedad española hasta 1945. Ahora apuesta por una obra de largo recorrido, ambiciosa por su temática y su cronología (de 1936 a 2007). Acierta también con el título escogido para la edición española: el guiño al imprescindible documental de Basilio Martín Patino recoge una de las mejores virtudes del libro, como es acercarse al estudio de la memoria social más completa, heterogénea, cambiante y a veces contradictoria. Subraya de este modo en su voluntad de rastrear la memoria coral del mayor número de españoles a lo largo del tiempo, desde aquellos que vivieron la experiencia bélica a aquellos a los que también nos influyó, por la forma en la que nos fue contada (y vivida) desde las altas instancias, desde los medios de comunicación o en nuestras familias.

La obra se divide en tres grandes partes. La primera se detiene en los años de la guerra civil, analizando las visiones que de la misma tuvieron los rebeldes (cap. 1) y reflexionando cómo percibió entonces la sociedad la crisis y la violencia íntima de la Segunda República y la guerra civil (cap. 2). La segunda parte, la más extensa, se ocupa de la memoria de la guerra durante el franquismo: primero durante la posguerra (la memoria oficial de los vencedores se estudia en el cap. 3, y la memoria social y su reproducción en el siguiente); después durante los años cincuenta (el viraje de la memoria oficial en el contexto de la guerra fría se analiza en el cap. 5, y la huida del campo en el 6); y los años 60 hasta 1975 (la conmemoración de «la paz de Franco» —cap. 7—, la transformación de la memoria social durante el desarrollismo —cap. 8—, y el cambio en la actitud eclesiástica —cap. 9—). Finalmente, la tercera parte se dedica a las memorias de la guerra tras la muerte de Franco hasta la aprobación de la Ley de la Memoria Histórica en 2007 (el cap. 10 aborda los años que van de 1975 a 1980; el 11 desde el golpe de Estado de Tejero en 1981 hasta la llegada al poder del PP en 1996; y el último capítulo aborda desde esta fecha hasta el gobierno socialista de Rodríguez Zapatero).

Más que desgranar el contenido de los capítulos, algo que no haría justicia a la complejidad y profundidad del libro, queremos destacar algunos aspectos que, a nuestro juicio, la convierten en una obra de referencia. En primer lugar, la cronología abordada. El autor es consciente que la memoria es producida y experimentada en el pasado, pero también desde el presente. Por ello, no tendría sentido escribir una obra sobre la memoria social que terminase en 1939, en 1975, en 1978 o en 1982. Llevándola hasta nuestros días Richards tiende un puente entre la memoria de los que experimentaron la guerra y nosotros mismos, bajo la idea de que nuestra forma de entender lo sucedido no se explica si no ahondamos en cómo llegó hasta nosotros. De este modo, como si de una arqueología de las palabras foucaultiana se tratase, la memoria de nuestra guerra civil es excavada, rescatada y contextualizada en cada momento, junto a las políticas oficiales, el contexto social y las experiencias individuales de cada uno de nosotros.

Esta compleja tarea no podría realizarse sin un impresionante aparato teórico. Sobre teoría de la memoria se ha escrito, desde Maurice Halbwachs, y mucho. El autor conoce bien este marco teórico y lo aplica con solvencia. Se incardina entre esos historiadores, antropólogos y sociólogos que conciben la memoria no como algo oficial, únicamente impuesto desde arriba, sino como algo eminentemente social y dinámico, nada estanco, sujeta al contexto más amplio y, a la vez, a las experiencias más íntimas. Esta visión le permite, por ejemplo, posicionarse sobre el debate sostenido en nuestro país sobre el «pacto de silencio» de la Transición. Lo hace en el capítulo 11, uno de los más brillantes, dedicado al periodo de los gobiernos socialistas entre 1982 y 1996. Subraya la obsesión por la modernidad del país y el descuido de las políticas de memoria del gobierno de Felipe González, pero por otro lado sostiene que quizá se ha exagerado el «pacto de olvido» de la Transición (p. 323): revela unas políticas del pasado que existieron, si bien se quedaron a medias, fueron insuficientes o algo ingenuas; pero a la vez demuestra que el «olvido» no fue total y no fueron pocas las personas u organizaciones sociales que tomaron una posición

distinta hacia el recuerdo de la guerra antes del «boom de la memoria histórica».

El libro también destaca por el número y diversidad de fuentes empleadas. Recurre el autor a material archivístico, especialmente para los años de la guerra y la postguerra. Pero además emplea numeroso material hemerográfico para todos los periodos: no solo periódicos de carácter nacional, sino también regionales o locales; no solo revistas generalistas, sino también pertenecientes a instituciones particulares, profesionales o eclesiásticas, e incluso revistas académicas de época. La obra está también cimentada en un apabullante número de memorias, escritos y testimonios personales de personajes de la primera o segunda línea política, pero también intelectuales o incluso gente corriente, lo que sin duda contribuye al resultado polícromo de las memorias que rescata en las páginas del volumen. Y todo con la habilidad que demuestra el autor para leer a contrapelo, persiguiendo a la memoria más social entre las líneas de los textos, un objeto de estudio que casi nunca aparece de manera explícita y, sobre todo durante el franquismo, es tan difícil de encontrar en los labios o en la pluma de los sujetos históricos.

Como ya hemos dejado ver, una de las mayores potencialidades del libro de Richards es su análisis de la memoria de la guerra como memoria social. Ofrece así una imagen líquida de la sociedad durante la guerra, el franquismo, la Transición y la España actual. No todos recordamos igual, pues no todos vivieron lo mismo, ni todos lo entendieron de igual forma. Tampoco nuestra memoria es inmutable, sino que está sometida a cambios, a los vaivenes del tiempo y de nuestro contexto internacional, nacional y privado. Ayuda a esta concepción el término de «generación» que se destila a lo largo de las páginas del volumen: ni dentro de las mismas familias, aún bajo el mismo periodo histórico, todos sus miembros pensaron la guerra del mismo modo. Especialmente esclarecedor de todo ello son los capítulos dedicados a la década de los cincuenta y a la emigración a las ciudades del país. Pero Richards se resiste a aplicar fórmulas conceptuales mecanicistas en las que, si bien todo encaja para explicar la historia, esta es menos creíble: también dentro de cada generación existie-

ron contradicciones y posicionamientos distintos, como podemos ver todavía en nuestra sociedad actual. Y lo mismo sucede cuando indaga sobre el «trauma» de los «vencidos» por no poder expiar su duelo por el asesinato o pérdida de los suyos: no se cernió de forma colectiva sobre todo ellos, sino que estuvo sujeto, como todo lo relacionado con la memoria, al proceso histórico (pp. 365-366).

No obstante, la reconstrucción de la dinámica memoria social hubiese sido imposible sin prestar atención a la «memoria oficial» que, en cada momento, se construyó desde el Estado. De ahí que, en cada periodo histórico, el análisis de la más compleja memoria social venga precedida por el estudio de los discursos, narrativas, prácticas conmemorativas y simbólicas construidos desde el poder. Tal y como señala el autor a lo largo de la obra, la memoria se construye constantemente mediante su relación con el poder, que trata de producirla y condicionarla (p. 370). Pero el poder no es siempre el mismo, ni en sus ropajes, ni en sus discursos: y tampoco en la memoria sobre la guerra civil española. Por eso Richards también analiza los discursos del poder de forma dinámica, reflexionando sobre su germinación, transformación y adaptación, como medio de lograr perpetuarse en el tiempo; aunque en menor medida que la memoria social, la memoria oficial también tiene contradicciones, y no siempre está guiada por un discurso unívoco y homogéneo. Ello se refleja especialmente en el análisis de los años cincuenta, en los que el régimen comienza a virar su discurso en el marco de la Guerra Fría.

En definitiva, nos encontramos ante un libro de historia excepcional. Es cierto que, para lectores e investigadores, la teoría histórica y los conceptos pueden parecer algo distante, rocoso y difícil. Algo distante de lo más social, de la carne y hueso de los hombres y las mujeres que protagonizan la Historia. Nada más alejado de la realidad. Bien enraizado en la tradición de los estudios sobre la memoria en el traumático siglo XX, Michael Richards nos regala un estudio ambicioso y generoso, al que debe haber dedicado no pocos años. Un estudio original, donde ni la memoria oficial ni la memoria social son vistas en blanco y negro o en compartimentos estancos entre «vencedores» y

«vencidos». Un estudio, insistimos, en el que acude al rescate de la memoria emitida desde el poder y sostenida por la sociedad, que va cambiando, que se reconfigura y rehace con el paso del tiempo. En *Historias para después de una guerra* encontramos las voces de todas las generaciones que nos han precedido desde 1936, e incluso las nuestras. Es un relato repleto de múltiples colores, pero en el que el poder erigido en cada momento ha condicionado las tonalidades. A pesar del tiempo transcurrido, la historia de la memoria de la guerra civil todavía no ha concluido para nosotros, pero es de justicia aplaudir que por lo menos hoy podemos contarla, vivirla y reproducirla con colores y no con el blanco y negro de la dictadura franquista. Ello es importante porque, como demuestra este libro, la forma de recordar el pasado, condiciona nuestro presente y nuestro futuro.

Miguel Ángel del Arco Blanco